

Amanece. Ya el sol clava sus ojos  
 en los cristales de las casas, tiembla  
 el rocío en las hojas de los árboles,  
 y la alegría es trino de los pájaros.

Yo, desde el viento nazco otra vez,  
 como un susurro lánguido y ausente  
 que se derrama sangre arriba. Tierra  
 amplia soy, piel adentro, cuerpo y canto,  
 cuando los rayos llegan hasta mi alma.

Amanece. La calle es oración  
 de vida, de latidos y pan tierno...  
 de prisas silenciosas y destinos.  
 Resurgen los aromas a café,  
 a primavera urgente en los trigales,  
 a besos que se extienden en las venas.

Y en la luz de mi lecho despojado  
 los sueños se deshacen y las sombras,  
 mi rostro es mar de auroras...  
 el preludio dulcísimo  
 de un nuevo día convertido en sol.

**Diana Rodrigo Ruiz**

## ESTE ROSAL SIN SOMBRA DE MI VIDA

Sobre la tierra más desamparada  
 y sobre un hoyo tétrico y profundo  
 planté el esqueje de mi amor inmundo  
 con la esperanza casi amortajada.

Entalleció la paz apuñalada,  
 brotó un chupón estéril e infecundo,  
 y retoñó un injerto moribundo  
 con su mugrón de pena agigantada.

Fue mi verdad un surco sin regueros  
 y mi pasión la rama más podrida;  
 y entre el helor de fúnebres eneros,

sin primavera verde y encendida,  
 en un zarzal, sin rosas ni jilgueros,  
 creció el rosal sin sombra de mi vida.

**Santiago Romero de Ávila**